

Prólogo

*H*abía un niño, que se creía un hombre, sentado en un elevado acantilado, contemplando las aguas del mar.

El viento que soplaba en la costa le azotaba el rostro, un rostro que ya a la tierna edad de doce años mostraba las huesudas líneas y el rígido contorno de una mandíbula que había heredado de sus antepasados gaélicos.

Era un producto de la tierra al igual que de sus habitantes. Tenía el pelo oscuro, no del todo negro, sino del color de la fértil tierra turbosa de las Tierras Altas donde vivía. Su piel estaba curtida por los ásperos vientos del norte que soplaban a través de los páramos, a menudo con la ferocidad de un vendaval ártico. Sus ojos, expresivos y penetrantes, eran una mezcla de todos los matices de verde, dorado y marrón que tapizaban las laderas a su espalda, y tenía el cuerpo delgado y atlético por haber correteado durante toda su breve existencia a través de las escarpadas colinas.

La roca en la que estaba sentado se denominaba, con toda justicia, la Roca Mackay, pues a lo largo de los siglos numerosas generaciones de hombres Mackay se habían sentado en ese asiento de granito, observando la corriente y el oleaje de esta zona marítima en las Tierras Altas. Su padre, Artair Ros Mackay, había sido uno de ellos.

El cielo estaba despejado, la temperatura era cálida, y el viento juguetón. El chico entrecerró los ojos, escudándose los con la mano mientras trataba de enfocarlos sobre un lejano peñasco que

asomaba a través de las olas como el colmillo de un antiguo gigante gaélico.

Eso era lo que contemplaba... confiando.

¿Aparecería ella hoy?

En la bajamar, el chico veía a menudo los cadáveres naufragados de galeones españoles, bergantines holandeses y buques de guerra ingleses. La bahía estaba sembrada de ellos, sus destrozados mástiles asomando a través del agua como los dedos extendidos de un hombre que se ahoga. Debido al tirón natural del mar, se arrastraban por el fondo marino antes de alcanzar su último lugar de descanso en esta bahía. Según decían, el cargamento de algunos barcos se había hundido con ellos, y la leyenda afirmaba que los millares de doblones y piezas de ocho reales diseminados por las profundidades marítimas constituían el verdadero motivo de que la arena en la orilla de la bahía tuviera un color dorado tan increíble.

¿Estaba ella allí abajo, se preguntaba el chico, jugando entre los destruidos cascos? ¿Introduciéndose entre las enormes portillas y recogiendo las piezas de oro españolas al igual que las jóvenes escocesas recogían ramos de brezo y flores silvestres?

Había pasado horas, días e incluso meses sentado en esta roca. Cada vez que conseguía escabullirse para venir a este lugar, esperando que ella apareciera.

Al igual que había hecho su padre.

Apenas a un tiro de piedra de la orilla sur de la bahía, se alzaba un delgado y abrupto farallón llamado Am Buachaille, Los Pastores. Según decían, esta elevada y estrecha columna de arenisca, separada de tierra firme por el impulso de la marea durante siglos, representaba la figura de un antepasado Mackay que había permanecido observando y esperándola durante tanto tiempo que se había convertido en una roca.

Ella era un mito.

Una fantasía.

La célebre guardiana del clan.

Y aseguraban que sólo un verdadero Mackay podía verla, bailar con ella..., amarla. De modo que él siempre había sabido que si

pudiera verla, siquiera una vez, lo sabría..., por fin podría decir de una vez por todas que él era el auténtico.

El legítimo Mackey.

Pero, al parecer, eso no ocurriría hoy.

El sol empezaba a ocultarse en el horizonte, arrojando una sombra crepuscular sobre las lejanas islas situadas al oeste. La noche se cernía rápidamente sobre el día, indicando que era hora de que el chico se fuera.

Se levantó y empezó a alejarse, de mala gana, como de costumbre. No podía desterrar el temor de que, en cuanto se fuera, ella aparecería, y él no estaría allí para verla.

Tomó el saco que había dejado a sus pies, un saco que había llenado antes con los berberechos y bígaros que había cogido en la playa y en el fondo del brazo de mar que se adentraba en la bahía. Era una tarea aburrida, pero él siempre estaba dispuesto a hacerla, pues le daba otro motivo para venir a este lugar y observar.

Por si ella aparecía.

Retrocedió dos pasos hacia las colinas donde vivía. Se había levantado el viento del oeste, un viento singular que soplaba sobre la hierba del páramo en un agitado torbellino, abrazándolo, impidiéndole avanzar. El chico dudó, pues habría jurado que ese viento transportaba una canción, el canto de una sirena...

... el canto de una *maighdean mhara*.

Se volvió hacia el mar.

Y entonces la vio.

Era incluso más bella de lo que decía la leyenda. El viento del mar agitaba su oscura cabellera, que parecía formada por ondulantes cintas negras, su esbelta figura aparecía sobre el saliente de la roca que había sido creado para ella, para que pudiera recibir en audiencia a los peces, a los alcatraces y a los frailecillos.

Estaba sentada en su trono marítimo, mirándole.

Él no alcanzaba a ver sus ojos, pero sabía que eran más azules que las profundidades del océano. Era lo que prometían todas las leyendas sobre ella.

No importaba el tiempo que transcurriera, o si había transcu-

ruido el tiempo. El chico no apartó la vista de ella mientras sus pies le conducían hacia delante hasta que alcanzó la orilla. Tan cerca... y sin embargo tan lejos. Ella extendió la mano, invitándole a acercarse. Él se detuvo, incapaz de salvar esa extensión de mar que se interponía entre ellos.

—Acércate a la orilla, doncella del mar... Ven a bailar conmigo.

Era su voz, pero él no recordaba haber abierto la boca para hablar.

Ella alzó las manos sobre su cabeza con la gracia de un cisne, y él contuvo el aliento, esperando, sabiendo que ella iría hacia él y le traería la valiosa piedra de su clan. Aguardó. En un resplandeciente destello verde, la doncella se sumergió en el mar.

Él observó el agua mientras el corazón le latía al ritmo de las olas que rompían en la playa. Se acercó a la orilla, dejando que el agua helada se deslizara sobre sus pies, lamiendo sus desnudas piernas. Sus pies se hundieron en la mullida arena, inmovilizándolo.

Esperando.

Estaba dispuesto a esperar eternamente.

Al igual que *Am Buachaille*.

De pronto vio un destello verde de la cola de la sirena asomando a través de la superficie del agua, y el corazón empezó a latirle con fuerza, atenazándole la garganta, porque sabía que ella venía... venía hacia él, y sólo hacia él...

—¡Calum! ¡Calum Mackay!

El chico pestañeó. Abrió lentamente los ojos.

Pero no era la mítica sirena quien estaba frente a él, bloqueando la luz del sol.

Era su hermano de leche, Fergus Bain.

Cuatro años mayor que él y quince centímetros más alto, el agresivo rubio miró a Calum en jarras, observándolo con la expresión amenazadora de un hermano mayor.

—Mientras tú dormías sobre la hierba como un maldito corderito, Lachlann y yo trabajábamos como bestias sacando piedras de ese condenado campo. ¡Mira! ¡No has cogido ni un solo bígaro en todo el día!

Calum se levantó apresuradamente.

— ¡Te equivocas! Tengo un saco lleno de...

Fergus tomó el saco antes de que lo hiciera Calum.

— El saco está vacío. — Lo colocó boca abajo y lo sacudió —.

¡No contiene ni un solo bígaro!

Calum miró el saco vacío, perplejo.

Hacía unos momentos estaba a sus pies, lleno, mientras él contemplaba el...

Dirigió la vista hacia la bahía.

El farallón que había estado observando estaba desierto.

— Papá se va a disgustar cuando regrese de Durness y vea que el puchero de la cena contiene sólo patatas y berza.

Fergus arrugó el entrecejo, pero la expresión de sus ojos indicaba que conocía el motivo de que Calum no hubiera cogido bígaros.

— La he visto, Fergus. ¡Te aseguro que esta vez la he visto! Se acercaba nadando para reunirse conmigo en la playa cuando me llamaste.

Fergus dirigió la vista hacia la bahía.

— ¿Y dónde está ahora?

Calum meneó la cabeza.

— No lo sé. Debiste asustarla con tus voces.

— Venga, hombre, estarías soñando, como siempre. Esto es gracias a papá, que no ha hecho más que llenarte la cabeza con esas historias del clan desde que eras un crío. Te digo que no hay ninguna sirena en estas aguas. Sólo barcos hundidos y los huesos de viejos marineros.

Pero Calum sabía lo que había visto, y no quería creer que había sido sólo un sueño. ¿Cómo podía ser un sueño cuando tenía un aspecto tan real, cuando *ella* parecía tan real?

— Te aseguro que estaba allí, Fergus. Lo sé. Yo estaba en la playa, esperándola...

— Pero si te he encontrado aquí, tumbado sobre la *machair*.

Calum observó el lugar donde la hierba aún estaba aplastada por el peso de su cuerpo. Sacudió la cabeza.

—No puede haber sido un sueño...

Fergus le revolvió afectuosamente el pelo con su fuerte manaza.

—Mira, chico, el sonido del mar es muy poderoso. Estabas sentado aquí, solo, con el sol que te daba en la cara, y te quedaste dormido, eso es todo. Procura olvidarlo, pues sólo disponemos de una hora de luz diurna para tratar de coger unos bígaros para el puchero. Hala, a trabajar, ¿vale?

Calum tomó su saco con un gesto de pura frustración adolescente y empezó a descender por la colina que se erguía sobre el brazo de mar, detrás de su hermano.

Seguramente Fergus tenía razón. Era tan probable que hubiese una sirena en esa bahía como un cofre lleno de oro al final del arco iris. Eran meras historias, destinadas a entretener las largas noches invernales a la luz de un fuego de turba. Alimentaban la imaginación de los escoceses y llenaban la cabeza de los chicos con grandiosos y fantásticos pensamientos. Pero Calum ya no era un chico. Era un hombre. Había llegado el momento de dejarse de historias grandiosas y fantásticas sobre sirenas y piedras mágicas y encantadas. Era hora de aceptar que, por más que lo deseara, quizá no hallara nunca la respuesta a la pregunta que le había perseguido toda la vida: ¿quién era el auténtico Mackay?

En su fuero interno sabía que era un Mackay de los pies a la cabeza, y eso era lo único que importaba. De modo que en ese momento decidió que no regresaría nunca más a esa roca para perder el tiempo tontamente, esperando y confiando en ver algo que no existía.

Tras enderezar sus delgados hombros, echó a andar detrás de Fergus, asestando patadas a los guijarros y golpeando las altas hierbas con el puño. Hasta que una última ráfaga de viento se levantó en la bahía y agitó el extremo suelto de su tartán. Calum dudó unos instantes, pues habría jurado que esa ráfaga transportaba una canción, un canto de sirena...

... el canto de la sirena.

Capítulo 1

«Sólo en la aventura consiguen algunas personas conocerse... y encontrarse a sí mismas.»

André Gide, *Diario*

19 de mayo de 1747

Mi último día en París

El cielo sobre los tejados es de un azul luminoso, perfecto, tachonado de gruesas nubes blancas. Cierro los ojos y el fragante aire está saturado de una mezcla de olores que he llegado a amar: brisas matutinas, rosas en flor y *baguettes* recién sacadas de hornos de ladrillo calientes. Los pájaros parlotean en las umbrosas copas de los castaños como damas cotilleando mientras toman el té. Oigo las risas de los niños que juegan en un patio vecino, mientras en algún lugar, alguien interpreta una balada en un clavicémbalo...

Lady Isabella Drayton levantó la pluma de la página de papel vitela de su diario y suspiró. Primavera en París. ¿Existía algo más maravilloso en el mundo?

Sentada en el jardín de la casa que su padre había alquilado cerca de la calle Saint Honoré, mientras su chocolate matutino se enfriaba en un pote en la mesa junto a ella, no se le ocurría nada que pudiera compararse.

Durante casi tres meses —ochenta y un días para ser preci-

sos—, lo había pasado estupendamente en la capital francesa. Sus días habían transcurrido en una rápida sucesión de paseos a última hora de la mañana por los jardines de las Tullerías, visitas al Palacio del Louvre para admirar la colección de arte real y asistencia al teatro para ver obras de Molière en el Palais Royal.

Y eso sólo durante la primera semana.

Había establecido muy pronto una rutina. Los martes bebía a sorbos un café muy cargado sentada en una mesa junto a la ventana en el Café Procope, un curioso establecimiento que había descubierto cerca del bulevar Saint Germain, donde podía observar el increíble bullicio de la ciudad. Los carruajes circulaban a una velocidad de vértigo por calles adoquinadas apenas más anchas que un sendero. «*Regardez!*», gritaban los conductores pocos segundos antes de estar a punto de arrollar a algún transeúnte, que dejaban agitando el puño en el aire y profiriendo una retahíla de palabrotas en francés contra el carruaje que se alejaba entre el estruendo de cascos de caballos y el rechinar de ruedas.

Los miércoles pasaba la mañana escribiendo cartas y dibujando —en el jardín, si hacía un día soleado; en el saloncito que daba a la calle, cuando llovía—, ocupada con la constante correspondencia que mantenía con sus padres y sus hermanas en Inglaterra, en su casa de Drayton Hall. Catherine, que iba a cumplir diecinueve años y era la mayor de las tres hijas más jóvenes de los Drayton, le escribía cada semana sin falta, informando a Isabella de lo que ocurría en casa. En su última carta, que ésta había recibido hacía tres días, le decía que Mattie, de catorce años, al parecer había vuelto a «enamorarse» —Isabella había perdido la cuenta de cuántas veces había sucedido— y que la hermana menor, Caroline, de nueve años, se negaba a aceptar que no podía montar a su adorada mascota, un puerco llamado *Homero*, al estilo amazona en las carreras de la feria de Hexham, por más que el animal tuviera un paso ágil y garboso. Era evidente que la niña había convencido a su madre, la duquesa, de que se lo permitiera con su inexorable persistencia. Pero el duque se mostraba inflexible.

El resto de los días Isabella solía pasear por los concurridos bulevares que seguían la línea curvada del apacible Sena. Con sus aguas verde grises reluciendo bajo el sol matutino, la joven arrojaba trozos de pan duro a los cisnes y se detenía para contemplar las baratijas que vendían en los puestos callejeros, las cuales adquiriría para regalar a sus hermanas cuando regresara a casa.

A veces se detenía para observar a los pintores que se ganaban el sustento plasmando escenas de la famosa ciudad en sus telas. A menudo se sentaba y se ponía a dibujar ella misma. Notre Dame, el Pont Neuf al atardecer, las magníficas vidrieras de la Sainte-Chapelle... Había pintado con todo detalle casi una docena de esas escenas para que le recordaran su estancia en París, la época más fascinante de su vida.

Ojalá Elizabeth hubiera estado allí para compartirlo con ella.

A su hermana mayor le habría encantado París, sus vistas, sus sonidos, incluso sus olores. La ciudad poseía una gran vivacidad, la misma *joie de vivre* que Elizabeth aportaba a todo lo que hacía.

Durante los veintitrés años de Isabella, Elizabeth, ahora lady MacKinnon de Dunakin, había sido la más estrecha confidente de su hermana menor. Había sido su inspiración secreta, haciendo las cosas y siendo la persona que Isabella sólo podía soñar ser.

Cuando Isabella tenía trece años, creía estar enamorada del hijo de diecisiete de su vecino, el conde de Chilton, Kentigern Saint Clive. Éste era todo cuanto ella pensaba que debía ser un hombre: muy rubio, muy apuesto, con una forma de mirarla que hacía que se sonrojara hasta las cejas. Pero lo que Isabella no sabía —y Elizabeth al parecer sí— era que muchas jóvenes en todo Northumbria también se creían enamoradas de él. De hecho, la gente solía bromear diciendo que el joven Saint Clive sólo trataba de mejorar su posición hablando con dulzura y sonriendo seductoramente a casi todas las muchachas con las que se cruzaba, desde una lechera hasta una joven noble.

No obstante, Isabella descubriría esta amarga verdad el día de la feria de Hexham en que Caroline se había empeñado en montar su puerco.

Había sido un soleado día muy parecido al presente, en el que el cielo se extendía hasta el infinito. La joven estaba cogiendo margaritas en la ladera que daba al Tyne, arrancando los pétalos uno a uno, arrojándolos a la brisa y formulando la vieja pregunta una y otra vez...

Me ama.

No me ama.

En lugar del resultado que ansiaba, Isabella se tropezó con su amado entre los brazos —y las piernas desnudas— de una joven de dieciocho años llamada Maggie Flowerdrew (conocida por todos en la comarca como Maggie «la Desvirgada»).

Como la mayoría de señoritas de buena familia, Isabella había llevado una vida protegida contra los aspectos más desenfrenados de la tentación humana. Por consiguiente, jamás había visto, jamás había concebido algo semejante a lo que contemplaba ante ella sobre esa colina barrida por el viento. Al verlos había estado a punto de desmayarse. Había deseado hacerlo, en lugar de quedarse allí plantada como una patética muda, tratando de recobrar el resuello, contemplándolos horrorizada como cualquier doncella que se precie mientras ellos se levantaban rápidamente, mostrando retazos de piel blanca y enfundándose de forma apresurada sus ropas.

Maggie se había reído de la ingenuidad de Isabella, considerándola muy divertida.

Kentigern Saint Clive se había limitado a mirarla irritado por que los hubiera interrumpido.

Cuando la joven logró por fin articular palabra, al cabo de varios y bochornosos momentos, lo único que atinó a decir entre sollozos fueron dos palabras: «¿Por qué?»

—Eres una niña, Isabella Drayton —había respondido St. Clive, con el trébol sobre el que se había revolcado con Maggie pegado todavía a su rubio cabello, tras subirse torpemente el calzón que tenía alrededor de los tobillos.

Era como si le hubiera dicho que tenía cuernos en la cabeza y una nariz semejante al hocico de *Homero*, que éste no cesaba de mover.

Isabella se había sentido humillada hasta los dedos de los pies de sus trece años. Había reaccionado dejando caer las margaritas que había cogido tan contenta y se había refugiado en el santuario del carruaje de los Drayton para llorar desconsoladamente contra el asiento de suave terciopelo mientras el resto de su familia comía pastelitos de bayas y contemplaba las carreras, sin saber que acababan de destrozarle el corazón.

Todos, salvo Elizabeth.

Había encontrado a su hermana y la había abrazado, alisándole el pelo y aceptando cada uno de sus juveniles sollozos hasta que se había tranquilizado y sus lágrimas se habían secado. Luego Elizabeth había hecho algo tan temerario y audaz que cada año, cuando se celebraba la feria, la gente seguía hablando de ello.

Era una tradición desde tiempos inmemoriales que la última competición de la jornada, antes de que todos recogieran sus pertenencias y a sus hijos y regresaran a sus casas en la aldea, consistía en el torneo del tiro al arco. Los hijos de los caballeros de la localidad participaban siempre y durante tres años consecutivos, Kentigern Saint Clive se había alzado con el premio. Ese año, sin embargo, más de una persona se había vuelto para mirarla asombrada cuando Elizabeth había anunciado de improviso su intención de competir.

Entre los asistentes se oyeron murmullos de desaprobación, que se habían difundido como un viento áspero. ¡Era impensable que una dama, la hija de un duque, se propusiera competir contra esos jóvenes caballeros!

Algunos habían pronunciado el término «vergonzoso».

Otros, «escandaloso».

Pero el padre de las jóvenes, que adoraba a Elizabeth, en realidad a cada una de sus cinco hijas desde el día en que habían nacido, había dado su consentimiento. Era una de las ventajas de tener un padre que era duque; su posición le permitía pasar por alto cierta falta de decoro.

Los blancos fueron debidamente colocados. Los arqueros, algunos decididamente nerviosos ante la perspectiva de competir

con la hija del duque de Sudeleigh, se colocaron a regañadientes en fila para disparar. Y aunque Elizabeth no se llevó el premio esa tarde, dejó su impronta de forma ostensible, clavando su flecha en el centro de un grueso y vetusto roble...

El roble contra el que estaba apoyado Kentigern Saint Clive.

Durante el resto de sus días, Isabella jamás olvidaría el espectáculo del espléndido Saint Clive, helado de espanto, con el extremo emplumado de la flecha de Elizabeth asomando, en un ángulo casi perfecto respecto al tronco, entre sus piernas y a menos de cinco centímetros de la pérfida bragueta de su calzón manchado de hierba.

Siempre había sido así entre las dos hermanas, Elizabeth la cautivadora, con su lustrosa cabellera dorada rojiza y sus ojos resplandecientes, como una llama parpadeante, vívidos e intensos. Isabella, de pelo oscuro, no había tenido más remedio que asumir el papel de sombra, envidiando a su hermana por su espíritu y su audacia, deseando ser tan intrépida como ella.

Pero Elizabeth se hallaba ahora en Escocia, casada con su apuesto marido de las Tierras Altas, e Isabella no conocía a un hombre más adecuado al fogoso temperamento de su hermana que el imponente Douglas MacKinnon. Éste había hecho aflorar en su esposa una vulnerabilidad que ella se había esforzado en ocultar durante la primera parte de su vida, celebrando al mismo tiempo su espíritu y el carácter fuerte y obstinado que definían a Elizabeth.

Ambos se complementaban a la perfección. ¿No ocurría siempre así en lo tocante al amor? Un encuentro fortuito...

¿O un escaquin en busca del pie adecuado?

De alguna forma, siempre conducían a un final feliz.

De alguna forma, mágicamente, la Providencia siempre encuentra el medio.

Al menos, para algunas personas.

Pero, al parecer, no para Isabella.

Su estancia en París constituiría la aventura de su vida, su oportunidad para encontrarse con el destino.

Su *última* oportunidad.

Antes de que la joven partiera de Inglaterra, habían decidido que durante las semanas en que permaneciera ausente sus padres se dedicarían a confeccionar una lista de posibles maridos para ella. Había sido la propia Isabella quien había tomado esa decisión. Era, esencialmente, su forma de presentar un ultimátum a la Providencia.

Isabella era una chica práctica. Iba a cumplir veinticuatro años y, a diferencia de Elizabeth, quien de no haber conocido a Douglas se habría conformado con ser una solterona, estaba decidida a casarse algún día y, Dios mediante, ser madre de varios hijos. Comprendía que su educación en Drayton Hall en una zona remota de Northumbria la había mantenido alejada de la realidad. Aparte de Kentigern Saint Clive, tenía escasa relación con miembros del sexo opuesto. Había ido una vez a Londres, pero era demasiado joven para hacer otra cosa que pasear a caballo por el parque a primera hora de la mañana o ir con su madre al taller de un modisto, sentándose en silencio en una banqueta acolchada mientras el modisto le probaba unos vestidos a la duquesa, cubriéndola de halagos y atenciones.

¿Quiénes mejor que sus padres para decidir qué hombre le convenía? El matrimonio de éstos había sido concertado entre sus respectivas familias, y no existían dos personas que se sintieran más felices de compartir sus vidas.

No podía decirse que la Providencia no hubiera tenido numerosas oportunidades. Durante su estancia en París, Isabella había asistido a un sinfín de fiestas y reuniones sociales, le habían presentado a numerosos caballeros que constituían excelentes partidos, los cuales la habían halagado e incluso admirado. Franceses e ingleses, vizcondes y marqueses, y aunque todos eran educados y honorables, y algunos incluso apuestos, ninguno había inspirado en ella la menor chispa de sentimiento.

Quizá no todo el mundo conseguía vivir una aventura. Quizás algunas personas estaban destinadas a llevar una vida apacible, cómoda, normal y corriente, sin encuentros fortuitos, sin lo inesperado...

Sin que un misterioso pretendiente apareciera con el predestinado escaupín.

Era el caso de sus padres. Durante más de veinticinco años habían llevado una vida ordenada, normal y corriente.

Y, al parecer, ella iba a seguir el mismo camino.

Emitió un profundo y lento suspiro.

—No es demasiado tarde — musitó dirigiéndose a las nubes, frunciendo un poco el entrecejo—. Si tenías algo planeado, querida Providencia, sea lo que sea, aún queda un día, una última noche antes de que tenga que renunciar a mi oportunidad de vivir una aventura.

Al día siguiente, Isabella regresaría a Inglaterra, deteniéndose durante el trayecto en el Palacio Real de Versalles. El duque y la duquesa habían recibido una invitación real hacía unos meses, pero sus padres no habían podido realizar el viaje con ella. De modo que el duque había enviado en su lugar a Isabella, con su hermana viuda, tía de la joven, Idonia Fenwycke, como acompañante, para presentar sus respetos a Luis XV y a la reina. Isabella lo pasaba tan bien en París, tenía tan pocas ganas de abandonarlo por la pompa y ceremonia de la corte, que había postergado la visita hasta poco antes de su partida.

De modo que se detendría brevemente, mientras se dirigía hacia la costa de Calais, donde aguardaba el barco que la llevaría de regreso a Inglaterra. ¿Y después de mañana? Isabella tendría que regresar a su vida habitual, a su futuro en Inglaterra, un futuro que muy pronto incluiría matrimonio e hijos, con un marido al que todavía no conocía.

Aunque la idea del matrimonio tenía su atractivo, la joven no podía ignorar cierta aprensión ante la perspectiva de convertirse en la esposa de un extraño. Conocía bien las intimidades que tenían lugar entre un hombre y una mujer. A fin de cuentas, lo había presenciado con todo detalle sobre esa ladera durante la feria y había oído los suficientes comentarios crípticos por parte de las amigas de su madre cuando iban a su casa a tomar el té. Pero había sido Elizabeth quien se lo había explicado todo, respondiendo a

las preguntas de su hermana con sinceridad y un candor que había dejado a Isabella estupefacta.

Ocurrió poco antes de que ella partiera para Francia. Las dos mujeres estaban sentadas en el dormitorio de Elizabeth en la mansión urbana que los MacKinnon tenían en Edimburgo. Elizabeth había ido a despedir a su hermana con la feliz noticia de que esperaba un hijo para finales de año. El anuncio había impresionado a Isabella, haciendo que arraigara en ella un nuevo y hasta entonces desconocido anhelo. La joven siempre había sabido que deseaba tener hijos, pero no fue hasta ese momento, al observar la plácida dicha en los ojos de Elizabeth, que la necesidad de ser madre se hizo evidente.

Era un deseo que no había hecho sino aumentar desde ese día.

—Es que parece algo tan íntimo —había comentado Isabella—. Me refiero a hacer *eso* con un hombre.

—Pues claro que es íntimo, Bella. Cielos, ¿acaso existe algo más íntimo? Pero te aseguro que no es lo que viste cuando te topaste con el impresentable de St. Clive en la feria. Es muchísimo más que eso. Cuando lo haces con el hombre con quien estás destinada a pasar el resto de tu vida, es la experiencia más natural, normal, hermosa y liberadora que pueda vivir una mujer.

—Pero ¿cómo lo sabes, Bess? ¿Cómo sabes cuándo has conocido al hombre con el que verdaderamente estás destinada a compartir tu vida? No es que haya montones de maridos y mujeres felices, unidos por el destino y encantados de ello. No tienes más que fijarte en los amigos de nuestros padres. Hay tantos que se sienten desdichados como quienes se sienten felices. Incluso cuando tú conociste a Douglas no sabías que era *el* hombre indicado para ti. Si no recuerdo mal, te pareció un granjero un tanto estúpido...

—Por favor, Bella, no me lo recuerdes. La estúpida era yo.

—Pero el caso es que lo encontraste, Bess. A través de unas circunstancias casi increíbles. Encontraste a la persona con quien estabas destinada a compartir tu vida. Fuiste una de las personas afortunadas. Siempre lo has sido.

Elizabeth tomó la mano de Isabella y se la apretó.

—Y tú también lo serás, Bella. Tú también lo serás...

Tú también lo serás...

—¿Bella? Bella, querida.

Una voz la llamó desde el interior de la casa, interrumpiendo los pensamientos de Isabella.

—¿Estás ahí, Bella?

La joven se volvió hacia la puerta. Sólo entonces se percató de que tenía los ojos llenos de lágrimas.

Se pasó rápidamente una mano por la cara, pestañeando para eliminar las lágrimas, y enderezó la espalda.

—Sí, tía. Estoy aquí. En el jardín.

Se oyó el frufrú de una pesada falda de brocado.

—Por fin te encuentro.

Lady Idonia Fenwycke era la hermana mayor del padre de Isabella, aunque no se parecían en nada, salvo en que ambos tenían la cara redonda y la mandíbula un tanto cuadrada. En su padre, este rasgo no hacía sino reforzar la impresión de firmeza ducal. En el caso de su tía, sin embargo, le confería un aspecto masculino nada favorecedor, que contrastaba con su pequeña estatura y el suave pelo blanco que asomaba debajo de su gorro de lino como la cola de un conejo.

Lady Idonia, que era bastante despistada (Elizabeth solía calificarla de «necia»), había pasado su tiempo en París acompañando a su sobrina y evocando los días en que había estado con anterioridad en la capital francesa, cuando su marido, lord Fenwycke, aún vivía, durante el espléndido reinado de Luis XIV, el Rey Sol.

En ocasiones, hasta se convencía de que había regresado a esa época.

—Toma, querida —dijo, entregando a Isabella un pergamino doblado y sellado—. Ha llegado esta carta para ti.

La joven la tomó, observando de inmediato que estaba dirigida a ella de puño y letra de su madre.

El corazón le dio un pequeño vuelco al contemplarla a la luz del sol matutino.

—Es de Drayton Hall.

Su madre había prometido a Isabella que le escribiría antes de que abandonara París para comunicarle la decisión que habían tomado con respecto a un marido para ella. Le informaría de su nombre, rango y cualquier otro dato pertinente que pudiera ofrecerle, dejando que la joven se tomara unos días para reflexionar sobre dicha elección.

Comoquiera que la carta no había llegado durante las semanas anteriores, y puesto que Catherine no se había referido al asunto en ninguna de las suyas, Isabella había empezado a pensar que el duque y la duquesa no habían sido capaces de decidirse por ningún pretendiente adecuado para ella.

Hasta ahora.

Cuando dio la vuelta a la carta para romper el sello de cera, sabía que en cuanto abriera la hoja y leyera su contenido su vida cambiaría para siempre.

De modo que dudó unos instantes, y mientras contemplaba el sello, tuvo la impresión de que el blasón ducal de su padre había adoptado la forma de la Caja de Pandora.

—¿No vas a abrirla, querida?

Isabella alzó la vista.

—¿Qué?

—La carta, querida. ¿No vas a leerla?

Después de echarle un último vistazo, la joven guardó la carta entre las páginas de su diario para marcar el lugar. Luego se volvió hacia su tía y movió la cabeza.

—Todavía no, tía. Quizá más tarde. Es nuestro último día en París y no quiero desperdiciar la luz del día. Además, ¿no es hora de que vayamos a dar nuestro acostumbrado paseo junto al río?

Isabella aún no estaba preparada para renunciar a París.